

## PEDAGOGIA

### *La Voluntad en la Educación*

Quien roza actualmente las cuestiones sobre EDUCACION se dá cuenta una y mil veces que hay una protesta casi general contra el intelectualismo; no contra el saber. Contra el intelectualismo considerado como mera atención por la inteligencia, como instrucción sola, y aún ésta, cercenada de algunas grandes fases de la cultura, y casi siempre encarada como enciclopedismo, como suma de conocimientos a granel.

Responde esa protesta a la realidad? Tal como la conocemos en la enseñanza de nuestra patria, sí; y también tal cual sabemos que ha sido ella en Europa durante el siglo XIX, por haber éste sufrido la influencia científica y muchas otras.

Por haber respondido la enseñanza a la concepción de la vida que en el último siglo se tenía, oficialmente, diríamos, por decir en las esferas gubernativas, las clases dirigentes e intelectuales que predominaban y que irradiaron por cierto sobre las masas. Se creyó en la "Diosa Razón"; aunque no entendida en el sentido clásico, ya que muchos renegaron de la filosofía, su más alta expresión. Se divinizó a la ciencia, queriendo transformar en Ciencia todo lo demás: arte, letras, religión, psicología, etc. Aunque seguramente los verdaderos sabios, —trabajando en sus laboratorios y viendo, al paso que más descubrían, más la pequeñez de su propia gran inteligencia— no eran ellos no, los que daban esos alcances desmedidos a la ciencia.

Mientras tanto, todo el hombre era mutilado; sólo se daba importancia en él a la faceta de su inteligencia que enfrenta a la ciencia experimental y de leyes físicas, químicas, matemáticas.

Así se concebía, inconcientemente o no, al hombre ideal. Y así se forjaban los hombres en la forja de hombres que es la escuela.

Es el hombre sólo eso? Precisamente porque es mucho más, se van produciendo las reacciones: Educación física, educación artística, educación por el trabajo, educación en la naturaleza, etc., etc.

Pero sobre qué síntesis construir todo ésto? Pues no se puede propiciar el desarrollo exclusivo de uno u otro aspecto —como parecen pretenderlo las varias doctrinas pedagógicas que combaten denodadamente por su punto de vista parcial,— pues caeríamos del enciclopedismo a cualquiera de esos otros aspectos de la educación elevados al "ismo".

Aciertan quienes sostienen la necesidad de una educación **integral**.

Y aciertan sobre todo quienes llaman la atención sobre la educación del carácter: la formación de la **voluntad**, la más olvidada durante el auge del materialismo, cuando se llegó a desconocer tanto aquella facultad característica del ser humano, que crecieron doctrinas como la de Lombroso en criminología y como el realismo en la novela, etc., y Zola y muchos más se permitían escribir sobre el hombre manejado irremediabilmente por sus instintos, como un títere.

Uno se pregunta como se ha podido hablar tanto de Determinismo, y negar tanto la responsabilidad y el libre albedrío en esta época en que como siempre o más que nunca se clama por la Libertad. Para qué se pretendería libertad exterior en las instituciones, regímenes, etc., si

es que no tuviéramos como tenemos la convicción firmísima, axiomática, de nuestra libertad interior?

Educación de la voluntad, pues; que aún no es atendida; talvez porque aún andan enceguecidos muchos de los que tienen en sus manos la enseñanza. Y no ven o no quieren ver el desenfreno público de las pasiones, el desorden en que se agita la juventud sin ideal, la insubordinación a toda autoridad en la familia, en la escuela, en la calle; el aumento del suicidio, la delincuencia de menores, la desnatalidad, etc., etc.

A esos males no se los vá a eliminar totalmente de la sociedad, —ya ha pasado, creemos, la época de la ilusión roussoniana, tan utópica y exagerada que despertó la reacción absolutamente opuesta y también exagerada del freudismo!— El desorden, el mal está en la raíz de la naturaleza humana: lo señala cada día la experiencia; así que no se trata de preparar por la educación un paraíso aquí en la tierra; pero tampoco es admisible cruzarse de brazos cuando se tiene a mano el contra veneno, cuando se puede cooperar en la lucha continua del bien y del mal, poniéndose de parte del bien. Cómo?: educando las voluntades para el deber, el sacrificio y el bien, valor supremo.

**Estela María Filomena**  
(Continuará)

*(Viene de la Página 12)*

#### **MONTEAGUDO COLABORADOR DEL LIBERTADOR EN LIMA**

"rancia de los verdaderos patriotas; éste es el medio de disponer los "pueblos a recibir esas reformas, que la oportunidad hace saludables y "que siendo extemporáneas, envenenan la sociedad y la destruyen". (5). Y bien, para él, esas reformas de índole democrática, que auspiciaban los "republicanos", eran inoportunas y extemporáneas. Por ello las combatió y al hacerlo, sacrificó el "aura popular". Esto supone un hombre entregado a un gran ideal. Monteagudo lo tenía: la independencia de América. Sólo así se le comprende.

Lo que él quería era, esencialmente, un gobierno que siendo constitucional fuese, a su vez, lo suficientemente vigoroso como para mantener la Independencia del Estado y consolidar el orden interior, sin que por ello, el tal gobierno pudiera usurpar las libertades civiles que la constitución hubiere concedido al pueblo peruano. Tal es su "cuarto principio".

En plan de síntesis añadiré que a este funcionario se le debe también la libertad de vientres, la fundación de la Orden del Sol, de la Sociedad Patriótica, censos de población, etc., etc.

Todas estas medidas crearon en general una atmósfera de resistencia al gobierno protectoral, especialmente a su ministro de gobierno. Así los enemigos personales de Monteagudo, tales como Riva Agüero, Sánchez Carrión, Mariátegui, las aprovecharon para levantar los espíritus en contra del ministro.

El 14 de Junio San Martín dejó Lima a fin de entrevistarse con Bolívar en Guayaquil. Fué entonces cuando las manifestaciones hostiles contra Monteagudo arreciaron, tanto que el 25 de Julio de 1822 la revolución latente hizo eclosión y su consecuencia inmediata, fué su destitución y posteriormente, su destierro.

**María Delia Terrén**

(5) B. Monteagudo "Obras Políticas" cit. pág. 52.